

MUJERES EN PERSPECTIVA

La institucionalización del 8 de marzo como Día de la Mujer, con sus colores comerciales y sus olvidos históricos, invita mucho más que a una reivindicación *porque sí* del género femenino. En perspectiva, un buen número de las demandas que las iniciales feministas reclamaban hace un siglo han sido obtenidas en la Argentina y América latina; muchas otras, sin embargo, quedan pendientes y son parte de las demandas que surgen de cada coyuntura, entre otras, mejoras en la promoción social, derechos sexuales y equiparación respecto de las condiciones en el trabajo. Más aún, algunos de los logros alcanzados están puestos en términos legales y no exceden ese lugar formal. Cualquiera que abra los ojos puede entender que tales pedidos históricos, vistos desde su situación de *minoría*, desmienten las buenas intenciones: la condición so-

cial atraviesa la mayor parte de esos pedidos. No es lo mismo ser mujer profesional y soltera que vive en una gran ciudad que mujer inmigrante que habita un barrio marginal. Lo obtenido, en este último caso, se vuelve borroso. Para las mujeres rioplatenses de principios del siglo XIX, el acceso a la educación elemental significaba un problema primordial: alcanzar un grado cultural

similar al que tenían los varones burgueses. Para las de mitad del siglo XX, el objeto era equiparar a la mujer con los mismos espacios que el varón. Las lecturas de Simone de Beauvoir —este 9 de enero se cumplieron 100 años de su nacimiento— influyeron decisivamente desde que en 1954 se publicó en Buenos Aires *El segundo sexo*. A las argentinas del XXI, con una dimensión de visibilidad ganada (una

mujer *presidenta* habla de ello), aun les falta, entre otras cosas, conseguir el derecho sobre el propio cuerpo. No obstante, discusiones, marchas y reclamos han conseguido cuestionar los roles tradicionales de la mujer en el tablero público. Este espacio es, en efecto, el campo donde se libran las batallas más valiosas: el hacer evidente un problema; el provocar un cambio en la manera en que

ser artista, alfabetizado, profesional, escritor, soltero, político o *a cargo* de la casa no se limita a uno u otro género. El reto, en función de esta publicación que intenta pensar a las mujeres, no es menor. Hemos buscado esbozar históricamente a algunas, muchas sin nombre conocido, que abrieron lugares para que fuese posible que la mujer se haga y se diga a sí misma, con todos los desafíos que ello implica. Sabemos, sin dudas, que se trata de una tarea incompleta: siempre habrá nombres que falten, fuera y dentro de los cánones feministas y de género. Hemos preferido en cambio un perfil más bajo. El *Cronista Mayor* quiere realizar sólo una breve contribución —el lector encontrará un mosaico de textos— con el fin de difundir el profuso universo de las mujeres en la historia argentina y sobre el que la historiografía se ha volcado a profundizar en las últimas décadas.

EL DÍA INTERNACIONAL DE LA MUJER

En general, se sostiene que el Día Internacional de la Mujer se conmemora el 8 de marzo como recordatorio del incendio que sufrió, en 1908, la fábrica textil Cotton (Nueva York) en el que murieron 129 trabajadoras o en homenaje a las manifestantes neoyorquinas reprimidas por exigir mejores condiciones laborales. Estudios más recientes indican que el citado incendio habría tenido lugar el 25 de marzo de 1911 y la represión a las trabajadoras, el 27 de septiembre de 1909. El origen de la celebración habría sido una propuesta, en este sentido, de Clara Zetkin, líder del Movimiento Alemán de Mujeres

Socialistas, en la II Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas (Copenhague, 1910). Esta iniciativa estaba basada en la celebración del Women's Day, que las socialistas estadounidenses festejaban desde 1908 reivindicando el sufragio femenino. A partir de 1917 se consolida este festejo el día 8 de marzo y es posible que esto se deba al amotinamiento que protagonizaron mujeres rusas por la falta de alimentos, siendo éste uno de los puntos de partida que culminarían, en el mes de octubre, con el proceso revolucionario. Finalmente el día 8 de marzo fue institucionalizado por las Naciones Unidas en 1975.



EN EL FRENTE

Olvidadas de los libros, algunas mujeres fueron las protagonistas de las disputas independentistas libradas durante las primeras décadas del siglo XIX, ya colaborando con los ejércitos –la posteridad las conoce como *patricias* a las que juntaron recursos y *cuarteleras* a las que acompañaron a sus hombres en los campamentos– o poniéndose al frente de ellos. Muchas otras quedaron solas al frente de sus casas, consiguiendo los víveres para llevar adelante a sus familias.

Temerarias y contra cualquier expectativa social para la época, algunas mujeres asumieron la conducción militar y se transformaron en líderes de la lucha de los primeros años del siglo XIX. La vida de Juana Azurduy es significativa en este sentido. Nacida en 1780 en Chuquisaca (hoy Bolivia), se había casado en 1805 con Manuel Padilla. Luego de los triunfos de Salta y Tucumán reclutó una tropa con la que inició acciones contra las fuerzas realistas. Durante la guerra, Azurduy perdió a cuatro



Azurduy, la espada y la bandera de la Independencia.

de sus hijos. En 1816, dirigía una tropa de mujeres y luchaba a la par de otros grupos. Fue elogiada por Belgrano, se unió a Güemes en Salta y en Chuquisaca recibió la visita de Simón Bolívar. Las acciones de Azurduy, como las de otras, desde distintos espacios sociales, revierten la imagen impasible o indiferente de las mujeres durante los turbulentos años en los que nuestro país forjó su independencia.

MANUELA PEDRAZA

Durante las Invasiones Inglesas de 1806 no hubo diferencias entre géneros: varones y mujeres salieron de sus casas para defender la ciudad. De Manuela Pedraza se tienen pocos datos. Se sabe que era oriunda de Tucumán y que más adelante sufrió la miseria y el olvido. Durante las batallas en las que el ejército de Liniers rechazó a los anglosajones, Manuela salió a pelear a la par de otros soldados. Se cuenta que vio a su marido atravesado por una bala inglesa. Entonces tomó el arma del caído, mató al invasor que había disparado, le quitó el fusil y se lo presentó a Liniers, cuando los invasores ya se habían rendido.



MARTINA CÉSPEDES

De esta mujer no se poseen mayores datos, sino una anécdota que la hizo memorable. En 1807, los soldados ingleses, sin recursos, golpeaban las puertas de algunas casas para pedir agua o alimentos. Martina, que vivía en San Telmo con sus tres hijas, accedió a ofrecerles aguardiente, con la condición de que ingresaran de manera individual. Se trataba, en verdad, de una trampa para hacer prisioneros a doce soldados ingleses, con la ayuda de las hijas. Al día siguiente, la mujer entregó a los prisioneros a Liniers. Este la premió con el grado de sargento mayor, que le permitía incluso el uso de uniforme reglamentario.

MARIQUITA (María de Todos los Santos) SÁNCHEZ

Su fama de dama de salón no le impidió, además, contravenir las normas estrictas para una mujer del siglo XIX. Enamorada de su primo Martín Thompson, se comprometió con él contra la opinión de su madre, que ya había arreglado su matrimonio con otro hombre. Mariquita presentó una demanda al virrey Sobremonte para deshacer el acuerdo de su madre. Con el juicio favorable, se casó en 1805 con Thompson; el salón de su casa de la calle Unquera (Florida) fue uno de los favoritos de la sociedad porteña. Se dice que allí se cantó el Himno Nacional por primera vez en 1813. Viuda en 1820, contrajo matrimonio con Washington de Mendevid, aunque fracasó y terminó separándose. Durante el gobierno de Rosas se exilió y volvió al país después de Caseros. Se hizo cargo de la Sociedad de Beneficencia y su casa volvió a ser el centro social preferido de la ciudad. Murió en 1868.



UNA MUJER ESPAÑOLA JUNTO AL MAR DULCE

En 1580, Juan de Garay fundó la ciudad de Buenos Aires. Ana Díaz, una agricultora sin familia, formó parte de la expedición y se transformó en la primera mujer propietaria en la nueva ciudad, ya que recibió uno de los 232 solares que repartió Garay. Allí instaló una pulpería, en lo que hoy es la esquina sudoeste de Corrientes y Florida.



ANARQUISTAS

En el último tercio del siglo XIX se transformó la vida de Buenos Aires. Con el incremento de las redes viarias y la modernización de la ciudad, la población cambió su fisonomía. Hacia 1887, según el censo municipal, más de la mitad de los que habitaban las viviendas porteñas era de origen extranjero, en su gran mayoría italianos y en menor medida españoles y franceses. Las circunstancias que encontraron en Argentina no eran las mejores; las condiciones laborales eran extenuantes y el nivel de vida lamentable: generalmente las familias estaban hacinadas en los inquilinatos y conventillos. Los inmigrantes traían consigo ideales socialistas y anarquistas que en el Viejo Continente habían alcanzado un gran desarrollo y los introdujeron en Buenos Aires. Contra las normas de vida bur-



Archivo General de la Nación

guesa, las mujeres inmigrantes y las criollas trabajaban de igual a igual con el hombre en fábricas y talleres con jornadas de diez horas, seis días a la semana. Algunas comenzaron a militar en grupos anarquistas, encontrando, sin embargo, el rechazo de sus compañeros, que no compar-

tían la emancipación de la mujer a la par de las con-

quistas sociales o laborales. Entre 1896 e inicios de 1897, apareció una de las primeras publicaciones latinoamericanas anarquistas realizada por mujeres, *La Voz de la Mujer*. A través de nueve números que se editaban sin regularidad, el periódico daba inicio a un reclamo libertario que rechazaba tanto la subyugación hacia el opresivo sistema de trabajo como al conjunto de los valores burgueses. Activistas como Juana Rouco Buena, Virginia Bolten, Teresa Caporaletto y María Collazo, entre tantas otras, siguieron fogueando el anarquismo femi-

nista local, no sólo para obtener mejoras en los trabajos sino para difundir un ideario de amor libre y autonomía plena del poder del varón. En 1902 muchas de estas mujeres fueron expulsadas por la Ley de Residencia, que permitía a las autoridades deportar a los activistas. Al poco tiempo lograron ingresar al país y a su actividad política, como lo muestra la protesta de 1904 que levantó a "camiseras y anexos", y, una vez organizadas, se agruparon en el Centro Femenino Anarquista en 1907, año en que se produjo la célebre huelga de inquilinos.

AÑO I.

BUENOS AIRES, MARZO 27 DE 1896

NÚM. 4

LA VOZ DE LA MUJER

Aparece cuando puede
y por suscripción voluntaria

Periódico Comunista-Anárquico

Dirección: A. BARCLA
Casilla Correo 1277 - Capital

DOS MODELOS DE FEMINISMO ENFRENTADOS EN 1910

En 1910 el gobierno de Figueroa Alcorta desplegó todos los medios para celebrar el centenario de la Revolución de Mayo. Fue por esos días cuando se produjo un enfrentamiento entre dos sectores del feminismo que luchaban por reivindicaciones disímiles e implicaban dos visiones diferentes de la mujer. Uno de los grupos organizó el Congreso Feminista con un programa de exposiciones de intereses sociales y culturales, pero de ninguna manera políticos. Se trataba de una facción nucleada en el Consejo Nacional de Mujeres que había lle-

vado durante la segunda mitad del siglo XIX una lucha por el acceso de las mujeres a la educación y a la visibilidad social. Un segundo grupo, efervescente y novedoso, estaba disconforme con esos logros, y reclamaba además por los derechos civiles y laborales. Fueron estas mujeres las que organizaron el Congreso Femenino Internacional, en paralelo y en disidencia con el primero, fue presidido por Cecilia Grierson. Esta segunda tendencia respondía a la agitación de feminismo político aparecido a fi-

nes del siglo XIX y principios del siguiente, reivindicatorio de una ampliación de los espacios y los roles de las mujeres, desde el aspecto cultural hasta el sexual. Las socialistas crearon en 1902 el Centro Socialista Feminista y la Unión Gremial Femenina. El sufragio universal fue el principal reclamo del programa socialista desde su primer congreso, realizado en 1896. Nacieron después la Asociación de Universitarias Argentinas en 1904, y en 1905 el Centro Feminista, la Liga Feminista Nacional de la República Argentina y el Centro Feminista de Libre Pensamiento.

Así las cosas, entre el 18 y el 23 de mayo de 1910 se realizó el Primer Congreso Feminista Internacional en la República Argentina, convocado por la Asociación de Mujeres Universitarias. Las participantes examinaron los problemas de las mujeres en la educación, en la legislación, en lo laboral, el abandono de los hijos y el infanticidio, reclamaron la igualdad de salarios por igual trabajo para varones y mujeres; el divorcio vincular; las condiciones laborales de las mujeres; la protección de la mujer trabajadora en tanto madre y desde ese mismo rol,

sus derechos civiles y el derecho al sufragio. La reivindicación por los derechos civiles fue el centro del feminismo argentino hasta 1926, cuando se reformó el Código Civil. Con la presencia de la célebre investigadora Marie Curie, se destacaron otras figuras del feminismo local, como Elvira Rawson, Alicia Moreau de Justo y Julieta Lanteri. A la convocatoria lanzada por el Centro de Universitarias Argentinas, asistieron 185 de las más importantes figuras del movimiento por los derechos de la mujer de ese momento en América latina, para discutir una amplia agenda de demandas. La calidad de presidenta del Congreso de Cecilia Grierson le valió su exclusión del Consejo Nacional de Mujeres, grupo que acordó su separación definitiva, hecho que evidenció las diferencias entre los dos grupos feministas de principios del siglo XX.

CONTRA TODA AUTORIDAD

"Odiarnos a la autoridad porque aspiramos a ser personas humanas y no máquinas automáticas dirigidas por la voluntad de 'otro', se llama autoridad, religión, o con cualquier otro nombre. (...) Algunas de nosotras jamás hemos tomado una pluma, ni aun para poner nuestros nombres, y no obstante nos hemos decidido a poner nuestras fuerzas al servicio de la tan ansiada Revolución Social. "Queremos hacer comprender a nuestras compañeras que no somos tan débiles e inútiles cual creen o nos quieren hacer creer los que comercian con nuestros trabajos y nuestros cuerpos. (...) No tenemos Dios ni ley".

(*La Voz de la Mujer* N° 4, 27 de marzo de 1896.)

REFLEXIONES DE UNA MUJER

"Si es que somos verdaderos anarquistas no debemos hacer diferencias entre hombres y mujeres. (...) Varias veces he oído expresar la necesidad de que hay que fundar un centro femenino anárquico -hasta el último mitin la Onrubia, la Rosemberg y otras, eran del mismo parecer-. Hubo una bajita muy parlara, que proponía -nada menos- fundar uno por cada barrio. Esto es, no solamente ridículo, sino hasta incongruente, más, contraproducente. (...) ¿Qué es lo que se quiere hacer: feminismo o anarquismo? Si lo primero, fundad el centro femenino, si lo segundo, un centro femenino sería inoficioso, porque hay bastantes agrupaciones anárquicas donde podemos ingresar con suma satisfacción de los compañeros".

(María Rotella, en *La Protesta*, 6 de febrero de 1914.)

"Extraña comprobar que las mujeres que tanto han contribuido a la felicidad humana, no hayan conseguido aún redimirse de todas las esclavitudes más o menos vergonzantes que las mantienen relegadas a una triste condición de inferioridad legal."

(Juana Rouco Buena, en *El Universal*, Lima, abril de 1928.)

LA INCORPORACIÓN POLÍTICA

Cuando en 1912 se sancionó la Ley Sáenz Peña, grupos de mujeres se animaron a reclamar su incorporación en la toma de decisiones que afectaban a la sociedad. Los reclamos para incorporarse a la participación política incluían un cambio en el estatus de la mujer, considerada como menor de edad y bajo la eterna tutela del padre o el marido, establecido por nuestro Código Civil en 1869.

Había un consenso en torno al rol maternal de la mujer; a través del cual la mujer ejercía una faceta política en la edu-



cación de los futuros ciudadanos. Sin embargo, desde principios de siglo las mujeres buscaban explicaciones sociales a sus desventajas y reclamaban derechos civiles, leyes de protección laboral y la abolición de la prostitución. Las primeras mujeres en ejercer sus derechos políticos a partir de 1918 vivían en Nueva Zelanda, Australia, Finlandia, Noruega, Dinamarca, Islandia y Alemania. En América latina, Uruguay fue el primer país en otorgarlos en 1932. Por entonces, en nuestro país circulaban varios proyectos para exten-

der la ciudadanía a las mujeres. En el Buenos Aires de 1916, el diputado Francisco Correa propuso integrar al padrón municipal a viudas y solteras. El socialista Enrique del Valle Iberlucea planteó en la Cámara de Diputados, en 1918, la completa emancipación civil que incorporaba el divorcio. En 1922, el diputado Furgón expresó en un proyecto el voto censitario para las mujeres basado en su nivel educativo. Hacia 1929, Mario Bravo presentó un proyecto que pretendía la igualdad de derechos, aunque nunca fue tratado por el Par-

lamento. Tres años más tarde se creó una comisión interparlamentaria para tratar los proyectos de sufragio femenino; la Cámara de Diputados le otorgó media sanción pero no se logró la sanción definitiva de la ley. A pesar de estos constantes fracasos encontramos en la década de 1920 numerosas mujeres emitiendo su sufragio a nivel municipal o provincial en Mendoza, San Juan y Santa Fe, que fueron pioneras en el reconocimiento político. En 1920 se produce en Buenos Aires un simulacro de elecciones en que las mujeres intervienen como electoras y candidatas. Participan en él Alicia Moreau, en representación del Partido Socialista, Elvira Rawson, con el apoyo de un sector de la UCR y Julieta Lanteri, que se presenta independientemente de una estructura partidaria reconocida y su propuesta se basa en el reconocimiento de los derechos civiles y políticos, la igualdad entre hijos legítimos e

ilegítimos, la sanción de la ley de divorcio, la protección de las mujeres en el mercado laboral remarcando a igualdad de tareas, igualdad de pago. En el acto participan 4.000 mujeres y Alicia Moreau consigue la mayor cantidad de sufragios, seguida por Julieta Lanteri. En los años 30 se realizan una serie de modificaciones en la legislación sobre la mujer que incluyen algunos derechos laborales, pero la más importante es la Ley N° 11.357 de 1926 que equipara a la mujer jurídicamente con el varón; sin embargo, no deja de ser una reforma parcial. Años más tarde el presidente Justo eleva un proyecto de ley para volver al estatus de minoridad de la mujer. Entonces las protestas femeninas no se hacen esperar. Ana Rosa Schlieper encabeza la Unión de Mujeres Argentinas, donde participan Victoria Ocampo y María Rosa Oliver, para poner freno a las intenciones de volver atrás las exiguas libertades obtenidas hasta entonces.



Retrato de Cecilia Grierson

CECILIA GRIERSON

Nació en Buenos Aires en 1859 y se graduó en 1889, transformándose en la primera mujer en obtener el título de médica en la Argentina. Se inició en el Hospital San Roque –hoy Ramos Mejía–, fundó la primera escuela de enfermeras y la Sociedad Argentina de Primeros Auxilios. Enviada a Londres, desempeñó la vicepresidencia del Congreso Internacional de Mujeres. Estudió sobre el tratamiento para ciegos y sordomudos y estableció en Buenos Aires el Instituto de Ciegos. Publicó *La educación del ciego*, *Educación técnica de la mujer* y *El cuidado del enfermo*.

Cumplió un rol destacado en los primeros años de vida del Partido Socialista Argentino. Junto a Alicia Moreau, Elvira Rawson y Julieta Lanteri iniciaron la lucha por los derechos políticos y civiles femeninos. En 1900 fomentó la creación del Consejo Nacional de Mujeres y propició una relación integral entre la emancipación femenina, el mejoramiento de la maternidad y la promoción social de los desamparados. En 1900 fundó el Consejo Nacional de Mujeres y la Asociación Obstétrica Nacional. Murió en Buenos Aires en 1934, sin haber podido ejercer una cátedra en la Facultad de Medicina.



ELVIRA RAWSON

Nació en Junín en 1867. Estaba cursando estudios universitarios en Medicina cuando estalló la Revolución de 1890 en la que colaboró con la cura de heridos; como partidaria de la Unión Cívica pronunció un discurso en la sede del partido y fue distinguida por Leandro Alem. Desde entonces se transformó en una luchadora por la defensa de los derechos femeninos. Se graduó en 1892, fue médica inspectora del Departamento Nacional de Higiene y del Consejo Nacional de Educación desde 1919 hasta 1934. En 1919, por su iniciativa quedó fundada la Asociación Pro Derechos de la Mujer, de amplia influencia en la que fue secundada, entre otras, por Alfonsina Storni. Murió en Buenos Aires en 1954.

JULIETA LANTERI

Nacida en Italia en 1873, se había nacionalizado argentina en 1911 para acceder a un cargo docente en la Facultad de Medicina, pero le fue denegado por su condición de mujer. Participó en las elecciones de la provincia de Buenos Aires entre 1911 y 1916, año en que se incluyó el requisito del servicio militar. Fundó el Partido Feminista Nacional en 1918 y a partir de 1920 se presentó como candidata en las elecciones nacionales a diputados. Murió en un accidente en 1932.



CAROLINA MUZILLI

Nació en Buenos Aires en 1889 en el seno de una familia humilde de inmigrantes. En su casa se reunían obreros socialistas para discutir sobre los derechos más justos para los trabajadores. Aún adolescente, frecuentó mitines socialistas y a ese partido se afilió cuando tenía 18 años. Su hermano José era secretario de Alfredo Palacios, figura que la invitó a escribir y a militar por la participación de las mujeres en el partido. Publicó notas en periódicos políticos, defendiendo las mejoras en las condiciones de trabajo y luchando por la falta de acceso a la educación de las obreras. A la par de su militancia política y periodística investigó en fábricas y talleres para conocer y difundir la situación lamentable de trabajo de las mujeres y las enfermedades que contraían. Con las encuestas realizadas, preparó un informe que sirvió de argumento para la defensa ante el Congreso que convocó Palacios en 1905. Más tarde fundó *Tribuna Femenina*, con el ideario de la defensa de las mujeres, y lo repartió en fábricas y conventillos. Mientras, vivía de lo que obtenía como obrera sobre una máquina de coser. Murió en 1917 cuando tenía 28 años.

EL DEBATE EN TORNO AL VOTO DE LA MUJER

Luego del golpe de 1930 e instalado el gobierno conservador, los debates políticos en este sentido tenían dos argumentos. Por un lado, el reformismo conservador, que proponía el voto restringido y optativo y la igualdad de condiciones y, por el otro, el voto obligatorio defendido por el socialismo.

Los conservadores, apoyados por la jerarquía eclesiástica y la fracción nacional de las Fuerzas Armadas, defendieron la ideología de la domesticidad de la mujer con estos argumentos: “debido a su especificidad orgánica la mujer es más frágil, emotiva y necesita la protección del hombre. Por ser emotiva y sensible puede sufrir la influencia de un orador locuaz... [por lo tanto] no es apta para la política ya que está subordinada al sentimiento que puedan inspirarle”. Consideraban que se debía respetar y preservar la jerarquía familiar bajo el poder del varón. El voto obligatorio ven-

dría a alterar la natural división sexual del trabajo y orden familiar. El Estado debería amparar el derecho del hombre a mantener su autoridad doméstica. La ideología conservadora también veía en el movimiento feminista, que era de origen anarquista y/o socialista, una amenaza conflictiva y extranjerizante.

Los socialistas defendieron la igualdad jurídica de sexos en los aspectos intelectual, educacional y laboral. Proponían que el Estado legislara sobre las libertades de la mujer en el ámbito privado. Reconocieron al movimiento femenino como el promotor del voto femenino. Es decir se lo identificaba como una conquista de las mujeres y no como una concesión. También veían en el voto una función educadora, inculcaría virtud cívica a las mujeres, por esa razón era necesaria su obligatoriedad.

En 1947, con el peronismo en el poder, se aprobó por fin la Ley 13.010 que establecía el

sufragio femenino, con el acuerdo del oficialismo y la oposición. Con esto, el gobierno capitalizó la lucha de medio siglo de mujeres por acceso al voto. Millones de mujeres pudieron elegir por primera vez presidente en 1952, lo que significó un momento de integración de género y social –fueron también millones de trabajadores, varones y mujeres, los que desde 1945 se incorporaron a la vida política argentina.

EL ARGUMENTO DE UN HOMBRE

“Si os hubieran dicho, hace dos meses, que en las próximas elecciones una mujer sería votada, hubierais reído, porque no hubierais sospechado jamás que, de pronto, así como un hongo brotado después de la lluvia, la doctora Lanteri hubiese puesto a prueba la galantería masculina. (...) Así, pues, cuando vi anunciada la candidatura de la doctora Lanteri, resolví investigar caso por caso la opinión personal de la mayor parte de los hombres que conozco. (...) Anduve, pues, a la pesca del hombrillo perfumado, ardida en amor cívico, deseosa de penetrar a través de opiniones distintas el pensamiento del país, hasta que tropecé con él.

—¿Qué opina usted de la doctora Lanteri?

—Que es fea —me contestó.

Me hizo tanta gracia que me estoy riendo todavía.”

(Alfonsina Storni en *La Nota*, 28 de marzo de 1919.)



Alicia Moreau de Justo.

“Tengo por sistema, cuando subo a un tranvía completo y un caballero me ofrece su asiento, no aceptárselo (...) porque considero prudente que las jóvenes personas femeninas ensayemos desprendernos de algunas tonterías que pertenecen a una educación artificial que hemos recibido, y que nada quitan ni agregan a la feminidad en sí, que más que aspecto es, o debe ser, cosa interior.”

(Alfonsina Storni en *La Nota*, 18 de abril de 1919.)



Archivo General de la Nación

EVITA

En enero de 1944 la vida de Eva Duarte cambió su destino. Hasta entonces había llegado a convertirse en una actriz en ascenso del teatro, el cine y la radio, aunque estaba lejos de las figuras más importantes de la gran pantalla, como Zully Moreno, Libertad Lamarque o Niní Marshall. En el Luna Park, durante un festival benéfico para ayudar a los damnificados por el terremoto de San Juan, conoció al coronel Juan Perón. Al año siguiente, con la transformación de Perón en el líder del movimiento

que llevará su nombre, su figura se fijó para siempre en el imaginario argentino. La aparición de Evita fue paralela a la irrupción de las masas en la vida política y social argentina. Como las personalidades más importantes de la historia, excedió el desarrollo de su vida: fue “la abanderada de los humildes” y “la mujer del látigo”; la bondadosa mujer que otorgaba regalos a los niños y la frívola que se vestía con diseños exclusivos; la humilde del trajecito sastre y la soberbia

que atacaba a la oligarquía porteña; la señora cuyo nombre enseñaba a leer y la inculta de la que se burlaban los intelectuales opositores. Despreciada por muchas de las feministas, fue una de las que impulsaron la inclusión de las mujeres a la vida cívica y política argentina. Espíritu del peronismo, Evita —cuerpo, voz y mito— trascendió a su muerte, ocurrida en 1952, a los 33 años, transformada en santa, promesa de los revolucionarios y pasión por las clases postergadas.



LAS MUJERES COMIENZAN A ESCRIBIR

Aunque hoy parezca inusual, el oficio de escribir fue durante mucho tiempo una actividad preponderante de los varones y excluyente en algunos temas para el género femenino. El concepto de *autor* estaba aso-

ciado en la cultura occidental, por lo menos hasta el siglo XIX, con el de *autoridad*, como han analizado con acierto las ensayistas Gubar y Gilbert, hasta la idea de paternidad y de procreación que llevaba consigo el concepto burgués de escritura. De allí la conjetura que la actividad guarda determinada "misoginia patriarcal": escribir reducía la posibilidad de las mujeres a géneros menores. Las representaciones de mujeres en la literatura, desde la óptica de los varones, si es que aparecían, se cerraron sobre la virtud moral de ellas, transformadas en abnegados ángeles o para aquellas que no respetaran esos cánones, en brujas o monstruos. De una u otra forma, estaban fuera de lo que podría ser considerado una persona. El siglo XIX es, en efecto, el siglo del nacimiento complejo de la escritura de mujeres. En la Argentina, ellas pugnaron por salir del rol de confinamiento, estrictamente de la cocina al salón de su propia casa o a una tertulia de sociedad, donde alcanzaban una relación con la palabra distinta de la que se había construido hasta entonces. De la misma manera este siglo marcó un proceso de cambio cultural, cuyo modelo había dejado atrás el de la figura femenina del ocio y, en cambio accedía a determinados saberes cultu-

rales para desplegar frente a otros seminarios. Hacia mitad de siglo, son mujeres las que fundan y escriben en diarios o revistas específicas para el género, aunque acotadas a temas que encerraban entonces el mundo femenino burgués (la moda, la educación, la moral, las costumbres, las artes), pero en algunos puntos lo excedían, como en la voz de Juana Manso que exigía una equiparación intelectual con los varones. No obstante, la generalidad de la literatura burguesa de o para mujeres quedó enquistada en los manuales de buena conducta, los libros escolares o las ficciones sentimentales. El caso de Eduarda Mansilla, que durante su vida firmó con seudónimos masculinos, señala el acceso restringido de las mujeres al mundo de la ficción, reservada para los varones aun cuando no hubiese norma que lo impidiese. En el mismo sentido, Aurelia Vélez Sarsfield colabo-



Lola Mora

VICTORIA Y SILVINA OCAMPO

Ambas pertenecientes a una familia aristocrática, fueron educadas por institutrices, estudiaron en Europa y vivieron junto a su familia largas estancias en el Viejo Continente. En el año 1931, Victoria (nacida en 1890) fundó la revista *Sur* y tiempo después la editorial con el mismo nombre, que tuvo una gran influencia en el medio intelectual argentino durante las siguientes décadas. Férrea antiperonista, el carácter universalista y espiritualista de esa publicación se transformó en espacio de oposición al gobierno popular. En 1953 fue encarcelada alrededor de seis meses, en el convento de San Miguel, cuando se iniciaban los sucesos más turbulentos del gobierno de Perón.

Victoria además fue una de las fundadoras de la Unión Argentina de Mujeres, luchó por el voto femenino y contra la discriminación que sufría la mujer durante los años 30. Victoria Ocampo falleció en su casa de San Isidro en 1979 a los 89 años de edad. Silvina, considerada una de las mejores narradoras y poetisas del siglo XX, acompañó a Victoria en su gestión de difusora cultural. Publicó: *Viaje olvidado*, *Enumeración de la patria*, *Autobiografía de Irene*, *Las invitadas*, *Los días de la noche* y otros. Murió en Buenos Aires en 1994.



Silvina.

Victoria.

ró con su padre Dalmacio para la elaboración Código Civil de 1869 (texto que, por otro lado, significaba un importante retraso para los derechos de las mujeres), aunque su nombre no fue recogido por la historia. En esta misma línea se encuentra Emma de la Barra, una escritora que vendía miles de ejemplares y, sin embargo, nunca publicó con su nombre verdadero. Pasará tiempo antes de que las mujeres reviertan la herencia patriarcal y burguesa de la literatura. "No soy escritora —decía Beatriz Guido a mitad del siglo XX— soy escritor", aludiendo con ello el rechazo de una escritura femenina asociada

a géneros menores. Guido defendía con ello una autoría de las mujeres por el acceso al mismo tipo de escritura que los varones, en paralelo con los feminismos igualitaristas que tenían como cabeza a Simone de Beauvoir. Junto a Beatriz Guido, Martha Lynch y Silvina Bullrich se animaron a abordar temas de política y sociedad y, a la vez, agotaron ediciones sucesivas. Mientras, autoras tan disímiles y esenciales como Sara Gallardo, Alejandra Pizarnik y Olga Orozco dieron dimensión y calidad a la literatura argentina, y abrieron perspectivas para las letras del nuevo siglo.

TRES ARTISTAS NOTABLES (de tantas más)

LÉONIE MATHIS

Impresionada por el paisaje y el pasado argentino, Léonie se volcó a reconstruir escenas históricas que marcaron la historia en Argentina. Había nacido en 1883 en Francia, y con inclinaciones por la pintura, viajó a España para pintar los paisajes que la cautivaban. Allí conoció a Francisco Villar y con él se estableció en Buenos Aires. Ya en la ciudad, quedó fascinada con la historia local y se inmiscuyó en la documentación necesaria para comenzar a pintar. Esta mujer francesa recreó muchas de las imágenes de la memoria argentina que no habían sido retratadas hasta entonces. Murió en Buenos Aires en 1952.



LOLA MORA

Nació en Salta, con el nombre de Dolores, en 1866. Estudió pintura desde niña, y con su talento, consiguió una beca para continuar sus estudios en Buenos Aires. En 1897, viajó a Europa para profundizar técnicas. Ya en Roma, decidió concentrar sus esfuerzos en escultura, y alcanzó tanta fama que la reina Margarita la visitó en su taller. Ofreció al gobierno argentino una fuente que en un principio sería para la Plaza de Mayo. Con el tema mitológico como espíritu de su obra, centraba el homenaje a la mujer en Venus, acompañada por Nereidas. En 1902 fue cuestión de debate el lugar en el que se colocaría la fuente, ya que en Plaza de Mayo, frente a la Catedral, los sectores conservadores consideraban a la obra inmoral por los desnudos (el grupo está coronado por la sensual diosa). Finalmente fue colocada en la Costanera Sur, donde se encuentra hoy. Otra de sus obras, un grupo alegórico, fue retirada del Congreso de Buenos Aires en 1915, las cinco figuras y dos leones fueron donados a la provincia de Jujuy donde ella dirigió su emplazamiento alrededor del Palacio de Gobierno. Olvidada, murió el 7 de junio de 1936.

RAQUEL FORNER

Seres del espacio, mutantes y astronautas son habituales en la pintura tardía de Forner. Lo que rompe con cualquier imaginario cientificista que puede suponerse en esos personajes es el don orgánico con que la pintora organizó a sus seres, unidos y engendrados en líneas curvas y suaves. Nació en Buenos Aires en 1902. Hacia 1929 viajó a Europa para estudiar arte. A su regreso, se casó con el escultor Alfredo Bigatti. Para entonces ya había comenzado su búsqueda plástica, ligada en algún momento al expresionismo y el surrealismo, para iniciar, a partir de los años 50, un camino estético personal concentrado en un ansia espiritual y liberadora. Sus muestras la llevaron a las grandes capitales del mundo. Falleció el 10 de junio de 1988.



LAS MAESTRAS QUE INICIARON LA EDUCACIÓN NORMAL

En 1847 Domingo Sarmiento viajó a Boston para conocer al pedagogo Horace Mann y a su brillante esposa, Mary Mann, que oficiaba de intérprete entre ambos. El sanjuanino coincidía con la pareja en la propuesta de una educación pública, gratuita y común para el conjunto de la población. A partir de entonces, Sarmiento tuvo las puertas abiertas de las universidades estadounidenses y se imbuó de la cultura de ese país, que admiraba. En 1870, bajo los ideales positivistas que rechazaban toda influencia hispana y católica, se comenzaron a abrir establecimientos educativos. Mary Mann recomendó al pe-



dagogo George Stearns, quien llegó al país contratado por el gobierno de Sarmiento junto a su esposa, la educadora Julia Hope, para inaugurar la Escuela Normal de Paraná. Más tarde contrataron a dos hermanos de Stearns para

organizar nuevas instituciones en las provincias que formarían docentes. El gobierno de Sarmiento tentó entonces a un numeroso grupo de maestras norteamericanas (se recuerda un número de 65) para formar a maestros

argentinos en todos los puntos del país. La mayor parte de ellas no conocía el español y comenzaron a vivir en austeras condiciones. Muchas de ellas estaban solas, fueron alojadas en habitaciones con piso de tierra y en ocasiones marginadas por su confesión protestante. Aun en esas circunstancias, el 70 por ciento eligió instalarse definitivamente en el país. Sarmiento valoraba de ellas el espíritu doméstico y pedagógico desarrollado en el país del Norte: el orden y la higiene, la sistematicidad y el compromiso con la enseñanza, la vigilancia sobre los alumnos y el espíritu científico que impulsaban.



JUANA MANSO

Nació en 1819, maestra y escritora, es considerada la primera militante feminista del país. Fue incansable en su lucha por crear conciencia y ampliar el espacio de participación de niños y mujeres. Fue la primera en escribir sobre historia pedagógica. Es autora del primer compendio de historia argentina para escuelas. Poetisa anticlerical, se convirtió al protestantismo y fue colaboradora de Sarmiento. Peleó por cambiar la educación tomando como modelo el norteamericano. Entre otros cargos, fue la primera mujer vocal del Departamento de Escuelas, desde donde impulsó su método de enseñanza. A los 22 años empezó a publicar, con seudónimo, poesías en los diarios *El Nacional* y *El Constitucional* de Montevideo. Vivió en Cuba y en Brasil. En 1853 regresa a Buenos Aires y Sarmiento le da la dirección de la Escuela de Catedral al Norte. Murió en 1875.

DELANTE Y DETRÁS DE LA CÁMARA

Las mujeres fueron figura de la pantalla desde los primeros intentos cinematográficos argentinos. Se transformaron en deidades vivientes a partir de los años 30, cuando se inició la época de oro del cine sonoro nacional. Figuras estelares proyectadas en los cines, como las de Libertad Lamarque, Azucena Maizani, Tita Merello, Luisa Vehil, entre otras, provocaban admiración, deseo y alcanzaron una inmensa popularidad. La muy exitosa *Tango* (1933, Luis Moglia Barth) asentó la fama de algu-



Tita Merello.

nas actrices en relación con el canto y la música ciudadana. Los años 40 trajeron rasgos muy sofisticados, alrededor de figuras como Mecha Ortiz, Laura Hidalgo, Mirtha Legrand y Delia Garcés. Sus bellas imágenes constituían por entonces los cánones definidos para las mujeres de mitad del siglo XX —las revistas caricaturizaban a Zully Moreno como una majestad real. Al mismo tiempo, menos atada a estos formatos, Niní Marshall se transformaba en la gran figura cómica del cine argentino. Luego de la crisis de la industria durante los años peronistas, las producciones nacionales intentaron renova-



Zully Moreno.

ciones, y con ellas, nuevas imágenes para las mujeres. Fue con Leopoldo Torre Nilsson que aparecieron otras representaciones de lo femenino: el rostro ambiguo y aterrador de Elsa Daniel, la sencillez de los rasgos de María Vaner y la belleza poco convencional de Graciela Borges quebraban las representaciones previas y evidenciaban la problematización de la construcción de la mujer (otros directores colaboraron en este nuevo estatus icónico durante los 60: David Kohon, Leonardo Favio, Manuel Antín, Rodolfo Kuhn). Por otro lado, los años 50 marcaron el inicio de una larga filmografía realizada por Armando Bo e Isabel Sarli, que llevó a esta última a transformarse en un mito erótico de las siguientes décadas. No sería sino hasta los 80 cuando las mujeres tomaron la cámara para mostrar sus propias imágenes. María Luisa Bemberg realizó durante su carrera una búsqueda centrada en las mujeres, desde *Momentos* (1981), y pasando por otras obras claves para el cine argentino de esa década, como *Camila* (1984), *Miss Mary* (1986) y *Yo, la peor de todas* (1990), que explora la vida de Sor Juana Inés de la Cruz. Fue a partir de Bemberg y de la productora y realizadora Lita Stantic (*Un muro de silencio*, 1993), que se abrió un espacio para que las mujeres de las próximas generaciones tuvieran voces e imágenes propias, como lo muestran las incursio-



Niní Marshall.

nes de Lucrecia Martel (*La Ciénaga*, 2001), Paula Hernández (*Herencia*, 2001), Albertina Carri (*Los Rubios*, 2003) y Lucía Puenzo (*XXY*, 2007), entre muchas otras directoras que comienzan a filmar.

EL BARRIO DE LA MUJER

En ocasión de la creación y urbanización de Puerto Madero, el Concejo Deliberante de la Ciudad emprendió en 1995 un intenso debate que concluyó con la decisión (afirmado en la Ordenanza Municipal 49.668) de otorgar, como reivindicación, la nomenclatura del nuevo espacio de Buenos Aires a la temática de la mujer (sólo un porcentaje mínimo de la nomenclatura de Buenos Aires estaba dedicada a ellas). De esta manera, las calles de este atractivo barrio llevan los nombres de Azucena Villaflor, Cecilia Grierson, Pierina Dealessi, Carolina Lorenzini, Micaela Bastidas, Macacha Güemes, Emma de la Barra, Elvira Rawson, Victoria Ocampo, Mariquita Sánchez de Thompson, Petrona Eyle, Juana Manso, Juana Manuela Gorriti, Martha Lynch, Olga Cossettini, Rosario Vera Peñaloza y Alicia Moreau, entre otros, de figuras de la cultura y la política de Argentina y América latina.

FEMINISTAS DE 1960 Y 1970

Durante los años 60 las transformaciones sociales, culturales y políticas influyeron sobre la vida familiar, las pautas de consumo y las relaciones de género. Ello provocó la emergencia de movimientos feministas que luchaban para la emancipación de la mujer en términos más amplios que los que se habían alcanzado en el mundo hacia mitad de siglo XX. Planteaban como condición necesaria y excluyente un cambio en los roles y hábitos en los que estaba confinada la mujer, además de un acceso a una sexualidad libre de prejuicios. En la Argentina, este proceso dio impulso para que, en la década siguiente, se desarrollaran grupos que demandaban derechos para un nuevo tipo de mujer. Ellos mantuvieron una activa participación en los debates en temas como la maternidad, la sexualidad, la anticoncepción, el acceso al trabajo y la emancipación cultural de las mujeres, así como el elemento político, compromiso insoslayable por entonces. Las agrupaciones más significativas fueron la Unión Feminista Argentina (UFA), de 1970; el Movimiento de Liberación Femenina (MLF), creado por María Elena Oddone en 1972; el Movimiento Feminista Popular de 1974, y el Frente de Lucha por la Mujer (MLF), entre otros núcleos de militancia. Todos ellos quedaron diseminados en marzo de 1976.

MADRES Y ABUELAS

El gobierno de facto instalado en 1976 pasará a la historia como el más sangriento y represivo que haya tenido nuestro país. A través del aparato estatal, se concretó un plan sistemático de secuestros, desapariciones, torturas y robos de niños. En contra de las imposiciones militares y la indiferencia, el miedo o la incredulidad de la población, las madres de los desaparecidos comenzaron a recorrer comisarías, iglesias, tribunales, hospitales, cárceles y la Justicia en busca de sus hijos. De a poco, tomaron coraje y comenzaron a organizarse. La primera reunión en la Plaza de Mayo se produjo el 30 de abril de 1977 cuando sólo eran 14. Ante la exigencia de la policía –“circulen, circulen”, ya que por el estado de sitio no se les permitía reunirse allí– comenzaron a dar vueltas alrededor del Monumento a Belgrano, y luego de la Pirámide de Mayo. Aquella protesta no sólo estaba reclamando la devolución de familiares con vida. Le estaba mostrando a la prepotencia brutal de los militares la fuerza de las mujeres para franquear el límite de su vida privada –muchas de las madres eran sencillas amas de



casa– para plantarse en esta escena pública y mostrar lo que nadie quería ver: el aparato de un Estado que asesinaba a miles de argentinos. En 1981 realizaron la Primera Marcha de la Resistencia. Al año siguiente, entre la euforia desatada por la guerra de Malvinas y en un clima político y social que les seguía resultando hostil, las Madres enarbolarán el lema “Las Malvinas son argentinas. Los desaparecidos también”. Una vez restaurada la democracia en

1983, el gobierno de Raúl Alfonsín conformó la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP), pero las Madres no formaron parte de ella e incluso se retiraron de la sala de audiencias luego de que el tribunal que juzgó a la Junta leyerá las condenas en las que sólo había dos a perpetuidad, las de Massera y Videla. El gobierno militar incluyó un plan sistemático de apropiación ilegal de niños. En los Centros Clandestinos de De-

tención existían maternidades donde los hijos de desaparecidos eran entregados entre sus captores como “botín de guerra” o abandonados en institutos como NN y cambiados sus nombres. La lucha por la recuperación de sus nietos llevó a las Abuelas de Plaza de Mayo a organizarse para hallarlos y buscar a esos cuyas identidades fueron falseadas. Hasta hoy 88 nietos han podido reencontrarse con su verdadera identidad, aunque más de 500 siguen sin conocerla.

BIBLIOGRAFÍA

- Auza, N., *Periodismo y feminismo en Argentina. 1830- 1930*, Buenos Aires, Emecé, 1988.
- Barrancos, D., *Mujeres en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.
- Bellucci, M., “Hechos e historias en el mundo femenino” en *Todo es Historia* N° 221, Buenos Aires, septiembre de 1985.
- Bellucci, M., “Entonces, la mujer” en *Todo es Historia* N° 255, Buenos Aires, septiembre de 1988.
- Cosentino, J., *Carolina Muzilli*, Buenos Aires, CEAL, 1984.
- Devoto, F. y Madero, M., *Historia de la vida privada en la Argentina*, T. I y II, Buenos Aires, Aguilar 1999
- Gálvez, L., *Historias de amor de la Historia Argentina*. Buenos Aires, Norma, 1999.
- Gil Lozano, F., Pita, V. e Ini, M. G. (dir.), *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX*, Buenos Aires, Taurus, 2000.
- Gilbert, S. y Gubar, S., *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1998.
- Guy, D., *El sexo Peligroso .La prostitución legal en Buenos Aires, 1875-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.
- Haedo, O., *Lola Mora, vida y obra de la primera escultora argentina*. Buenos Aires, Eudeba, 1974.
- *La Voz de la Mujer*, Buenos Aires, 1896- 1897 [Reeditado por la Universidad de Quilmes, 2002].
- Maronese, L., *Mujeres y calles. Nomenclatura porteña*, Buenos Aires, Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, 1997.
- *Mujer/ Fempress*, Número Especial “Precursoras del feminismo en América Latina”, Santiago, 1991.
- Page, J., *Perón. Una biografía*, Buenos Aires, Grijalbo, 1999.
- Rossell, L. y otros, “Former” en AAVV, *Pintores argentinos del siglo XX*, Buenos Aires, CEAL, 1981, T III.

PAN Y ROSAS

En la ciudad de Lawrence, Massachussets, a comienzos de 1912, estalló una huelga conocida como “Pan y rosas”. Fue protagonizada por obreras textiles que sintetizaban en estas palabras sus demandas, solicitaban aumento de salarios, el pan, y por mejores condiciones de vida y trabajo, las rosas. Querían el salario para el pan, pero también querían las rosas de la dignidad. De esta consigna surgió el poema *Pan y rosas*:

Mientras vamos marchando, marchando a través del hermoso día
Un millón de cocinas oscuras y miles de grises hilanderías
Son tocados por un radiante sol que asoma repentinamente
Ya que el pueblo nos oye cantar: ¡Pan y rosas! ¡Pan y rosas!

Mientras vamos marchando, marchando, luchamos también por los hombres
Ya que ellos son hijos de mujeres, y los protegemos maternalmente otra vez
Nuestras vidas no serán explotadas desde el nacimiento hasta la muerte
Los corazones padecen hambre, al igual que los cuerpos
¡Dennos pan, pero también dennos rosas!

Mientras vamos marchando, marchando, innumerables mujeres muertas
Van gritando a través de nuestro canto su antiguo reclamo de pan
Sus espíritus fatigados conocieron el pequeño arte y el amor y la belleza
¡Sí, es por el pan que peleamos, pero también peleamos por rosas!

A medida que vamos marchando, marchando, traemos con nosotras días mejores
El levantamiento de las mujeres significa el levantamiento de la humanidad
Ya basta del agobio del trabajo y del holgazán: diez que trabajan para que uno repose
¡Queremos compartir las glorias de la vida: pan y rosas, pan y rosas!

Nuestras vidas no serán explotadas desde el nacimiento hasta la muerte
Los corazones padecen hambre, al igual que los cuerpos
¡Pan y rosas, pan y rosas!

Poema escrito por James Oppenheim, activista afiliado al sindicato combativo IWW (Industrial Workers of the World - Trabajadores Industriales del Mundo).



GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Jefe de Gobierno
Mauricio Macri

Vicejefa de Gobierno
Gabriela Michetti

Ministro de Cultura
Hernán Lombardi

Subsecretaria
de Patrimonio Cultural
Josefina Delgado

*Publicación preparada
por la Dirección General
de Patrimonio e Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires.*



Patrimonio e
Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires

Avda. Córdoba 1556, 1er. piso
(1055) Buenos Aires
Tel: 54 11 4813-9370 / 5822
E-mail: ihcba@buenosaires.gov.ar

Directora General
Liliana Barela

Depto. Investigación
Lidia González

Redacción
*Roberto Araujo
Sandra Condoleo
Cristina García Cabero
José María González
María Alejandra Jones
Daniel Paredes
Marcos Zangrandi*

Edición
Rosa De Luca

Corrección
*Marcela Barsamian
Nora Manrique*

Diseño
Fabio Ares

Archivo
*Biblioteca y Archivo Técnico
del Instituto Histórico*